

ALARCÓN ALARCÓN, María del Mar, *Biografía histórica de Pedro Alcántara de Toledo y Salm-Salm, duque del Infantado (1768-1841)*, tesis doctoral dirigida por el Dr. Emilio La Parra López, defendida el 25 de septiembre de 2015 en el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante.

Los/as historiadores/as han dirigido una mirada selectiva al siglo XIX español, abordando en primer plano el estudio de la revolución liberal y prestando, en cambio, un interés más bien escaso a la contrarrevolución antiliberal, pese a su incidencia directa en la convulsa evolución política de la España contemporánea. El proceso de construcción del Estado liberal estuvo altamente condicionado por la violencia política y social: en el tiempo y espacio en que se inscribe la trayectoria vital de Pedro Alcántara de Toledo y Salm-Salm, duque del Infantado (Madrid, 1768-1841), se sucedieron varias guerras civiles y contextos de represión política. Conocemos aún insuficientemente la articulación y desarrollo del movimiento contrarrevolucionario: sus discursos, prácticas y arraigo social. Solo una de las ver-

tientes contrarrevolucionarias ha sido explorada en profundidad: la carlista (cabe citar los estudios de los profesores Julio Aróstegui, Jesús Millán y Jordi Canal, entre otros). En los últimos años, las contribuciones de los profesores Ramón Arnabat i Mata, Pedro Rújula, Jean-Philippe Luis y Emilio La Parra han arrojado luz sobre el panorama historiográfico.

La elección del tema de la presente investigación está en relación con el interés suscitado por tres problemas historiográficos, a saber: la génesis del movimiento contrarrevolucionario antiliberal español y su incidencia en la construcción del Estado liberal, con especial atención a las reacciones de 1814 y 1823; los apoyos sociales que recibió la monarquía absoluta de Fernando VII y, en tercer lugar, las posiciones que las élites tradicionales adoptaron frente al cambio político que significó la revolución liberal.

Entre junio y diciembre de 1812 el duque del Infantado fue presidente de la tercera regencia que se instituyó en el territorio español no controlado por las autoridades josefinas; pocos meses más tarde, el 8 de marzo de 1813, el biografiado y los otros cuatro miembros de dicha regencia perdieron la confianza de las Cortes, contro-

ladas por los liberales. Entre las causas que motivaron esta decisión de la cámara, amén de los conflictos competenciales entre el ejecutivo y el legislativo –analizados oportunamente por Ignacio Fernández Sarasola–, pesaron las conexiones de los cinco regentes con el sector antiliberal. Diez años después, en el contexto de una nueva guerra, el duque del Infantado asumió la presidencia de la Regencia absolutista de Madrid. La escritura de la vida de este personaje histórico permitía abordar los problemas señalados.

Siguiendo a Bernard Guenée y a Jacques Le Goff, se sostiene que el tiempo de una vida individual es una duración históricamente significativa. El enfoque biográfico permite pulsar la magnitud e intensidad del cambio histórico y profundizar en el conocimiento de cómo los individuos vivieron los acontecimientos históricos de su tiempo, en el caso que nos ocupa, en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen en España.

Entre los aspectos que se abordan a lo largo de esta biografía, cabe destacar los siguientes: la concepción que Pedro Alcántara de Toledo se forjó de su época; los valores y principios que dieron sentido a su mundo; los supuestos culturales sobre los que se fundó su identidad personal; las opiniones que los contemporáneos se hicieron del personaje, que se contrastan con la que éste proyectó de sí mismo; su experiencia de la Guerra de la Independencia y sus ideales políticos

(en especial, su ideal de monarquía, que evolucionó a lo largo del tiempo).

Se ha optado por estructurar un relato cronológico como forma de explicación de la trayectoria vital del duque del Infantado, es decir, de hacerla inteligible. Nos ha parecido la forma más adecuada de representar el tiempo de una vida por cuanto permite sopesar las experiencias acumuladas, individuales y colectivas, a la hora de interpretar las actuaciones concretas del personaje. Atendiendo a algunas de ellas particularmente significativas, se han diferenciado varias etapas en su biografía que se corresponden, grosso modo, con los distintos capítulos de la investigación.

Con respecto a los conceptos historiográficos aplicados, se mencionará el de contrarrevolución, cuya crítica han abordado los historiadores Ran Halévi y Jean-Clément Martin en diversos trabajos. El concepto analítico de “contrarrevolución antiliberal” en particular ha sido utilizado por Julio Aróstegui¹.

En cuanto a las fuentes documentales, hay que decir que se han consultado los fondos de numerosos archivos y bibliotecas, tanto españoles como extranjeros, en busca de las huellas de la vida del duque: había que

1. ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, Julio, “La contrarrevolución española en el contexto de la contrarrevolución en Europa”, en FERRER BENIMELI, José A. (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, Vol. II, Instituto Alicantino Juan Gil-Albert, Alicante, 1990, pp. 573-594.

documentar las representaciones que el biografiado se hizo de la realidad, así como sus actuaciones sociales. Los fragmentos de su pasado, como era de esperar, estaban muy dispersos. Entre las fuentes localizadas, examinadas y seleccionadas, se mencionarán las siguientes: la correspondencia particular, familiar y administrativa del biografiado (que se encuentra en el Fondo Osuna de la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, Archivo General Militar de Madrid, British Library, Archivos Nacionales de Francia, Biblioteca Nacional de Francia y Archivo del Jardín Botánico de Madrid, entre otros); obras y escritos de carácter genealógico; los libros compuestos por Antonio Cavanilles para su educación; las felicitaciones elevadas al duque con motivo de la caída de Godoy y el ascenso al trono de Fernando VII en marzo de 1808; los oficios y otros escritos firmados por el individuo en el desempeño de sus empleos políticos y militares (entre los que destacan los expedientes de purificación de las Guardias Reales de 1823-1824, manejados por el duque del Infantado como comandante general y director interino de este cuerpo militar, que se conservan en el Archivo General de Palacio y que constituyen una de tantas pruebas de la represión política desplegada por el Estado absoluto); se han examinado también las órdenes del rey, los escritos elevados a Fernando VII y a diversas autoridades en distintas

fechas, los pareces y votos emitidos como presidente del Consejo de Castilla y consejero de Estado, la correspondencia diplomática, memorias y relatos contemporáneos, las súplicas elevadas al duque por mujeres y hombres que vivían en las poblaciones de señorío de su casa nobiliaria, las peticiones elevadas por familiares de soldados al duque del Infantado durante la Guerra de la Independencia, correspondencia intercambiada con otros grandes de España, documentación de carácter judicial, militar y económico y, finalmente, impresos y prensa periódica.

Entre los móviles que explican las actuaciones sociales del duque del Infantado, se encuentran: la defensa del honor del linaje y de los intereses de su casa nobiliaria, la conservación y adquisición de posiciones de influencia en la corte regia, la salvaguarda del orden tradicional —que el individuo concibió como el único legítimo—, la fidelidad a la persona de Fernando VII y el miedo a la revolución.

La labor legislativa de las Cortes de Cádiz y del Trienio Liberal reafirmó la convicción del duque del Infantado de que el mantenimiento del orden y la defensa del prestigio de su casa nobiliaria eran incompatibles con la existencia de un régimen constitucional en España. El duque del Infantado dio su apoyo social a la monarquía absoluta de Fernando VII. A cambio, esperaba que el monarca velara por los privilegios e intereses de la alta

nobleza. El temor a la revolución reforzó la alianza entre el trono absoluto, el altar y las jerarquías tradicionales durante el reinado de Fernando VII. Este monarca no acometió las reformas económicas necesarias para superar la quiebra de la monarquía absoluta, y en ello tuvo mucho que ver la presión de los apoyos sociales recibidos en 1814 y 1823.

El duque del Infantado defendió un modelo de monarquía premoderno, de tipo estamental, según el cual el monarca, titular único de la soberanía, habría de estar aconsejado por altos órganos integrados por un nutrido número de hombres pertenecientes a la alta nobleza y a las jerarquías eclesiásticas, representantes de los cuerpos intermedios del reino. La propuesta de encaje de dicho modelo en la monarquía absoluta de Fernando VII es el proyecto de remodelación del Consejo de Estado, que Pedro Alcántara de Toledo defendió entre 1825 y 1826, siendo secretario de Estado.

El duque del Infantado participó de la conciencia de crisis generalizada entre los españoles de la época. Le pareció vivir un tiempo convulso, en el que se sucedían de forma acelerada, vertiginosa, acontecimientos políticos extraordinarios, como el triunfo de la revolución en Francia, la expansión territorial de Napoleón, las abdicaciones de Bayona, la Guerra de la Independencia o el desencadenamiento de la revolución liberal. Esta última, la revolución liberal, acabó sien-

do percibida como la mayor amenaza para la estabilidad de los tronos europeos. Cuando estaba al frente de la secretaría de Estado, Pedro Alcántara de Toledo sostuvo que para la superación del estado de decadencia de España era necesario que el rey continuara expulsando a los afrancesados y liberales de la vida pública; que descartara toda reforma planteada en un sentido centralizador y uniformizador; que se reimpulsaran las ciencias y las actividades económicas (porque al duque del Infantado no se le escapó que la prosperidad material era necesaria para preservar el orden público); también aconsejó a Fernando VII que se utilizara el cauce de la educación elemental de niños y niñas para hacer súbditos "útiles", esto es, productivos, al tiempo que obedientes a las autoridades tradicionales y enemigos de las innovaciones políticas. Y sin embargo, no se pronunció a favor del restablecimiento de la Inquisición. Defendió, eso sí, la reposición de las jurisdicciones señoriales entre 1814 y 1820. El caso del duque del Infantado muestra que en el seno de la contrarrevolución antiliberal española coexistieron múltiples actitudes y tendencias políticas.

La crisis de legitimidad de la monarquía española del Antiguo Régimen se sitúa en el trasfondo de la biografía histórica del duque del Infantado. No reconoció el principio de igualdad de los españoles ante la ley; defendió, por el contrario, una concepción

estamental de la sociedad, conforme a la cual cada “clase”, privilegiada o no, estaba llamada a desempeñar una determinada función. El duque del Infantado rechazó las libertades y derechos que recoge la Constitución de 1812 y la idea moderna de ciudadanía. Se opuso a la implantación de un Estado liberal en España hasta la muerte de Fernando VII. Después, al estallar la Primera Guerra Carlista (guerra civil), regresó a la vida privada, rechazando el cargo de prócer nato que le ofreció la regente María Cristina. Los últimos y oscuros años de su vida transcurrieron en París. Ya muy enfermo, el aristócrata regresó a Madrid, su ciudad natal, donde murió en noviembre de 1841. Tenía 73 años.

PÉREZ CASANOVA, Guillermo Jorge, *La búsqueda de la unidad europea: el europeísmo español entre 1914 y 1931*, tesis doctoral dirigida por el Dr. Salvador Forner Muñoz, defendida el 9 de marzo de 2015 en el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante. Accesible en el Repositorio Institucional de la Universidad de Alicante (RUA).

Esta tesis estudia la formación y evolución del pensamiento europeísta en España durante el primer tercio del siglo XX. Para ello, se han analizado las distintas opiniones que intelectuales y políticos realizaron en sus obras, en prensa o en su ámbito privado. Desde un punto de vista estrictamente teórico, la investigación sigue los enfoques de la historia de los intelectuales o la historia de las ideas, aunque se han tenido en cuenta planteamientos de la historia transnacional, cultural o conceptual.

Precisamente, el primer obstáculo al que nos enfrentamos fue la dificultad de definir el concepto de Europa, algo nada sencillo y mucho menos en las coordenadas espacio-temporales de este trabajo. La idea europea siempre ha estado condicionada por los discursos nacionales, y el caso de España no fue una excepción. Desde finales del siglo XIX se observa la consolidación de un nacionalismo cívico, más preocupado por el progreso material y cultural que por la simple salvaguarda de la tradición. Estos nacionalistas, encuadrados dentro de las generaciones del 98 y el 27, el regeneracionismo o el reformismo político, vieron en Europa la solución a los problemas de la nación española. Así pues, Europa se configuró como una idea positiva, vinculada con el crecimiento económico o el prestigio político y militar de países como Francia, Reino Unido o Alemania. Al mismo tiempo, se erigió otro grupo de intelectuales y políticos contrarios a cualquier influencia extranjera, ya que consideraban que la europeización conllevaría, inevitablemente, una pérdida de los valores y esencias nacio-

cionales y políticos realizaron en sus obras, en prensa o en su ámbito privado. Desde un punto de vista estrictamente teórico, la investigación sigue los enfoques de la historia de los intelectuales o la historia de las ideas, aunque se han tenido en cuenta planteamientos de la historia transnacional, cultural o conceptual.

nales. A lo largo de las páginas de la tesis doctoral se explica que estos dos bloques no fueron tan uniformes como se puede pensar, y que el pensamiento europeísta siempre estuvo en constante evolución. De hecho, a partir de la Gran Guerra, en España hubo tres grandes tradiciones europeístas: una estrictamente política, que abogaba por un acercamiento a la Europa más desarrollada; planteamientos supranacionales desde posiciones culturales o federalistas; por último, un grupo de intelectuales próximos a la Unión Paneuropea que el conde austriaco Richard Coudenhove-Kalergi desarrolló en la década de 1920.

En el título aparece de manera explícita el marco cronológico 1914-1931, pero hay que señalar que se han tomado en consideración algunas reflexiones anteriores y posteriores sobre Europa. El grueso de la investigación, sin embargo, se ha centrado en el espacio temporal que va desde el inicio de la Primera Guerra Mundial hasta la proclamación de la Segunda República. 1914 fue un año clave para la contemporaneidad, pero también para el europeísmo político: algunos intelectuales y políticos comprendieron que las diferencias entre los pueblos europeos –que en ese momento estaban siendo dirimidas en una cruenta guerra civil– sólo se podrían solucionar si se ponían en práctica proyectos que implicaran la unidad política y económica del continente.

A pesar de que España no participó en dicha contienda, en los ambientes políticos e intelectuales se generó un debate en el que se realizaron propuestas de todo tipo, la mayoría de ellas encaminadas a un acercamiento a Europa –identificada con la modernización y el progreso– y otras realmente novedosas, que planteaban la posibilidad de iniciar un clima de entendimiento entre europeos. Con 1931 se puso fin a la aventura europeísta iniciada unos años antes por el conde Coudenhove-Kalergi y el político francés Aristide Briand, los dos principales líderes de este movimiento. Todos estos planteamientos fueron infructuosos y, con la llegada de la década de los treinta, era más que evidente que, al menos a medio plazo, no sería posible una convergencia europea. En ese mismo año se produjo en España una de las mayores transformaciones a nivel político. Nos referimos al nacimiento de la Segunda República, que nació con una paradoja: contó con el apoyo de muchos europeístas españoles que, sin embargo, no pudieron contribuir a una mayor difusión de la idea europea.

En cuanto a la estructura, la tesis doctoral se divide en tres partes. La primera está compuesta por dos capítulos iniciales que se ocupan tanto de aspectos teóricos como de los orígenes del pensamiento europeísta en el continente y en España. El capítulo primero ha de entenderse como una introducción extendida, ya que en él

se ha realizado un estado de la cuestión sobre el europeísmo, así como la relación entre la idea de Europa y el nacionalismo. También se han planteado algunos de los problemas que presenta la historiografía europeísta. El segundo capítulo se centra exclusivamente en el pensamiento europeísta de la España anterior a 1914. Este periodo es clave para entender su posterior evolución y la influencia de acontecimientos como el “Desastre” de 1898, movimientos como el regeneracionismo o personalidades de la talla de Joaquín Costa, Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno o José Ortega y Gasset.

El segundo bloque está dedicado al europeísmo español entre 1914 y 1923. En los capítulos tercero y cuarto se aborda el impacto de la Primera Guerra Mundial en la idea de Europa, sobre todo a través del debate entre aliadófilos y germanófilos, que fue mucho más que una disputa intelectual o social sobre el devenir de la Guerra. Muchas de las propuestas que se lanzaron, entre las que destacamos las llamadas a la unidad europea de Luis Araquistáin o las reflexiones de los catalanistas Prat de la Riba o Rovira i Virgili, fueron las primeras manifestaciones en este sentido en nuestro país. Mención aparte merece el intento de Eugeni d’Ors de poner fin a lo que él consideraba una guerra civil europea. A través de su *Comité d’Amics de la Unitat Moral d’Europa*, movilizó a parte de la intelectualidad

catalana para promover un discurso proeuropeo alejado de la crispación de aliadófilos o germanófilos. Sus resultados, sin embargo, fueron bastante modestos y su iniciativa pronto cayó en el olvido. El capítulo quinto, por su parte, está dedicado a las consecuencias de la Gran Guerra y a la influencia de la Sociedad de Naciones y el pensamiento universalista en el europeísmo español. Se trata de un periodo clave para algunos autores como Ramiro de Maeztu, que después de la guerra abandonaría su europeísmo regeneracionista para abrazar postulados autoritarios.

La parte final de la tesis comprende los tres últimos apartados, que se extienden cronológicamente desde 1923 hasta 1931. El capítulo sexto profundiza en la crisis del europeísmo, cuyo máximo exponente fue Oswald Spengler y su obra *La decadencia de occidente*. En este influyente libro, que tuvo una gran repercusión en los círculos intelectuales españoles, se hablaba de que la cultura occidental estaba en proceso de desaparición. En este apartado también analizamos el discurso nacionalista –y antieuropeísta– de Primo de Rivera, así como el discurso proeuropeo de gran parte de la oposición. Los dos últimos capítulos se han reservado para la influencia que tuvieron en España las dos principales iniciativas unionistas que surgieron en el periodo de entreguerras: por un lado, la Unión Paneuropea del conde Coudenhove-

Kalergi, que contó con un comité en España y estuvo liderada por intelectuales afines al régimen primorriverista y al corporativismo. Por otro lado, el Memorándum impulsado por Aristide Briand para crear una unión federal europea bajo el paraguas de la Sociedad de Naciones, proyecto que fue rechazado por todos los gobiernos europeos del momento, incluido el español.

Para realizar este trabajo se han consultado múltiples fuentes documentales. Destacamos, primero de todo, la importancia de la prensa escrita. Hay que tener en cuenta que muchos europeístas dieron a conocer sus opiniones o proyectos a través de periódicos o revistas, generalmente de tirada nacional, aunque se ha utilizado una muestra suficientemente representativa del Estado español. Las fuentes bibliográficas han tenido, asimismo, un claro protagonismo, en especial aquellas obras escritas por algunos de los autores citados en este resumen. También se ha consultado documentación de archivo. Si bien su peso cuantitativo es menor que el resto de las fuentes, es justo señalar su importancia cualitativa. Archivos como el del Ministerio de Asuntos Exteriores nos han permitido conocer mejor la postura del gobierno de Primo de Rivera sobre el pensamiento europeísta. Además, han sido fundamentales archivos privados como el del Conde de Romanones o Antonio Maura, y sobre todo el fondo de Joan

Estelrich, depositado en la Biblioteca Nacional de Catalunya. A través de su documentación privada se ha podido reconstruir la génesis del movimiento paneuropeo español.

Las conclusiones presentadas en esta tesis se centran en dos niveles de análisis: en el primero, de carácter más general, señalamos la falta de rigor para definir el concepto de Europa, que a menudo se ha asociado con mitos, estereotipos o prejuicios que poco o nada tienen que ver con la realidad histórica. La narrativa europeísta no es en ningún caso lineal ni obedece a las leyes del determinismo histórico. Por otro lado, hay que señalar que el paradigma del Estado-nación estuvo por encima de cualquier proposición de construir un espacio transnacional entre 1914 y 1931. La negativa de avanzar en esa línea impidió que se concretaran los proyectos de Coudenhove-Kalergi o Briand. Por otra parte, resulta evidente que estas iniciativas fueron, al mismo tiempo, demasiado ambiciosas –situaron sus líneas rojas en una unión federal a nivel europeo– y poco concretas. Sin embargo, hay que resaltar que, a pesar del fracaso del europeísmo desde el punto de vista práctico, este movimiento contribuyó a construir una tercera vía entre el nacionalismo exacerbado y el totalitarismo que, en cierto modo, se recuperó después de la Segunda Guerra Mundial.

El segundo nivel de análisis se ocupa del caso concreto de España. Destacamos en primer lugar el carác-

ter irregular del europeísmo español, que nunca fue un movimiento de masas, ni siquiera una corriente política. Sus defensores se encontraron a menudo en un desierto en el que no era nada sencillo predicar las ventajas de acercarse a Europa o de unir el continente. Dicho páramo empezó a poblarse durante la Primera Guerra Mundial, momento en el que muchos autores vieron que la civilización europea estaba en peligro. Con la firma de la paz y, sobre todo, tras el golpe de Estado protagonizado por Primo de Rivera, el débil europeísmo español se vio ensombrecido por la irrupción del pensamiento nacionalcatólico. Como se puede observar, el pensamiento europeísta se movió a golpe de acontecimiento nacional o internacional. Salvo algunas excepciones, no mostró iniciativa propia y estuvo a remolque de los grandes proyectos que se estaban gestando en Francia o Centroeuropa.

Por último, una de las principales conclusiones que ofrecemos es el contraste que existió entre una intelectualidad que impulsó el pensamiento europeísta y unos gobiernos que se mostraron poco interesados. Por eso el europeísmo en España es sinónimo de autores como Maeztu, Araquistáin, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y José Ortega y Gasset –aunque el filósofo madrileño tuvo mucho menos influencia en este campo de la que gozaría después de la Segunda Guerra Mundial–. También es importante

destacar el papel desempeñado por la intelectualidad catalana: Rovira i Virgili, Santiago Vinardell, el ya citado Eugeni d'Ors o Lluís Nicolau d'Olwer son los ejemplos más representativos. Todos estos autores no llegaron a cumplir la ambiciosa meta de ver a su país europeizado, y tampoco fueron testigos de la creación de una Europa unida durante el periodo de entreguerras. Sus reflexiones, no obstante, deben ponerse en valor. Forman parte del sustrato de una etapa convulsa que sería decisiva para el futuro de España y del continente europeo.

PIQUERES DÍEZ, Antonio J., *Los españoles y José I. La imagen del rey*, tesis doctoral dirigida por los Dres. Emilio La Parra López y Rafael Fernández Sirvent, defendida el 11 de septiembre de 2015 en el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante, 624 pp.

En 1808 la elección de José Bonaparte para ocupar el trono español generó todo tipo de actitudes, menos indiferencia. Quienes defendieron los derechos de Fernando VII calificaron a José de “el efímero”, “el intruso”, “el rey pepino”, “el espantadizo”, “el nuevo liliput”, “el pelele”, etc. Contrariamente, los josefinos se refirieron al nuevo monarca como “el humano”, “el filósofo”, “el bondadoso”, “el liberal”, “el justo” o “el rey paternal”.

Todos estos motes son el punto de partida de esta tesis, que lleva por título “Los españoles y José I. La imagen del rey”. En concreto, el objetivo de este trabajo ha consistido en averiguar cómo se representaron los españoles a José Bonaparte en el tiempo de su reinado (1808-1814), es decir, se ha intentado realizar una aproximación a su imagen pública. Un planteamiento que ha exigido no limitarse a José, sino realizar asimismo el examen de la opinión que se formaron los españoles de Napoleón y de Fernando VII, quienes vienen a ser el contrapunto de José, uno y otro, lógicamente, por razones distintas.

De acuerdo con las pautas metodológicas ofrecidas por Maurice Agulhon en sus estudios sobre la representación de la república, la imagen pública del poder, en nuestro caso del rey, es una construcción colectiva, que se efectúa a través de una variada información proporcionada por medio de diversos canales: las representaciones plásticas en sus distintas variantes (grabados, caricaturas, estampas, óleos, arquitectura efímera, etc.), las noticias, los actos y el ceremonial que rodea a quien ostenta la titularidad de la titularidad de la Corona, y las creencias y representaciones mentales de la sociedad¹.

Esta tesis pretende contribuir al estudio de la imagen pública de José I

y dirige el foco de atención hacia uno de los elementos que actuaron en la formación de esa imagen: la propaganda política, especialmente abundante durante la Guerra de la Independencia. En la tesis se ha utilizado el concepto propaganda política, entendido, como lo hace Peter Burke, “en el doble sentido de transmisión de valores sociales y políticos y expresión tanto del poder de rey, como de la devoción hacia él o del rechazo de una parte más o menos numerosa de su pueblo”².

De la mano de la propaganda política se descubrirán dos retratos antagónicos de José Bonaparte: idealización versus estigmatización. En ambos casos resulta evidente el deseo de modificar la conciencia de las masas. De esta forma, la imagen construida de la persona que ocupó el trono sigue desempeñando un papel central. Por eso se ha focalizado la atención en el examen del conjunto de imágenes nacidas durante el reinado josefino. A este fin, se ha confrontado la acción política de José y las imágenes fabricadas por sus partidarios y sus detractores, aunque ni la gestión de gobierno del monarca estuvo exenta de interés político, ni el uso político y publicitario que los bandos enfrentados acabaron dándole a todo acto, medida, conducta, etc. de quien ejerció la titularidad de la Corona, invalida *per se* la autenticidad y sinceridad de muchas de las imágenes.

1. AGULHON, Maurice, *Marianne au pouvoir. Imagerie et la symbolique républicaines de 1880 à 1914*, Flammarion, 1989, p. 8.

2. BURKE, Peter, *La fabricación de Luis XIV*, San Sebastián, Nerea, 1995, p. 14.

nes que circularon de nuestro protagonista en la época.

Al desmentir algunas de las imágenes peyorativas y glorificadoras de José, se desvelarán ciertos rasgos de su personalidad, pero no se ha pretendido esbozar su biografía. Ha resultado interesante examinar lo que José aparentó ser, lo que quiso que fuera la propaganda del régimen y la enemiga, y la imagen que de él se pudieron forjar sus contemporáneos. La imagen de la Corona como institución no importa aquí y tampoco se atenderá el concepto de monarquía como forma de gobierno, pero se tendrá en cuenta el carácter simbólico de la monarquía y su dimensión social y cultural.

Entre las fuentes primarias utilizadas en esta tesis, las hemerográficas ocupan un lugar destacado, algo normal dado que durante la contienda se editaron más de quinientos periódicos, en su mayoría, en el bando llamado patriota. La colección de prensa histórica manejada supera el medio centenar de cabeceras, 68 para ser exactos, y se alberga, principalmente, en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, en la Hemeroteca Municipal de Madrid y en el Instituto de Historia y Cultura Militar de Madrid.

La producción bibliográfica examinada, tanto en forma de libros como de folletos, ha sido igualmente copiosa. La propaganda bonapartista recurrió, sobre todo, a los folletos para generar una opinión favorable al cam-

bio, pero su producción fue, en comparación con la patriótica, considerablemente inferior. De hecho, actualmente no se tiene conocimiento de ninguna colección de escritos favorables a la causa josefina, a diferencia de lo que ocurrió en la España que luchó contra la dinastía Napoleón. La relación de contenido de los 1008 volúmenes que forman la *Colección Documental del Fraile*, depositada en el Instituto de Historia y Cultura Militar, da buena cuenta de la riqueza documental que generó este tipo de propaganda. Otro repertorio de folletos importante ha sido el *Ensayo de una bibliografía de folletos y papeles sobre la Guerra de la Independencia publicados en Valencia 1808-1814*, de Francisco Almarche Vázquez. Existen otras colecciones como la de Gómez Imaz, depositada en la Biblioteca Nacional, o la de Gómez de Arceche, que posee la Biblioteca del Senado, igualmente imprescindibles. Además, con motivo de la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia se ha digitalizado un gran número de folletos, muchos desconocidos, que también han sido incorporados. La relación de folletos manejados ha sido amplia, sin ser exhaustiva, pues en la época se escribieron tantos textos y de estilos tan dispares (catecismos políticos, diálogos, conversaciones, poemas, etc.), que resulta inasible cuantificar los títulos con exactitud.

Por otra parte, el estudio de los sermones, pastorales, etc. de la jerar-

quía eclesiástica (con presencia en la difusión oral y escrita) también nos ha ayudado a descubrir el concepto que tuvieron los españoles de José I, pues es bien sabida la importancia que en esta época desempeñó el púlpito como tribuna política. El repertorio teatral y las caricaturas y otros elementos iconográficos albergados, principalmente, en la Biblioteca Nacional, en el Museo de Historia de Madrid y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, también han sido incorporados en la tesis, ya que fueron vehículos utilizados para promocionar y desprestigiar, según el caso, la imagen de nuestro protagonista. Por supuesto, la correspondencia privada que José mantuvo con Napoleón, su esposa Julia, ministros, etc., y la de otros actores como el embajador La Forest, han resultado una fuente de estudio ineludible, tal y como revelan los fondos del Archivo Histórico Nacional y otros, así como las ediciones de tales epistolarios. También se ha recurrido a las memorias de quienes desempeñaron un papel significativo durante el reinado josefino. Por último, no se ha olvidado las proclamas, circulares, decretos, órdenes, leyes, manifiestos, o la propia Constitución de Bayona: lo que hemos denominado *literatura oficial*.

Esta investigación se compone de dieciséis capítulos estructurados en una introducción, trece capítulos centrales, las conclusiones y un último apartado con las fuentes y la bibliografía.

En las primeras páginas introductorias se plantean los objetivos principales de la tesis, los fundamentos metodológicos de partida, las fuentes primarias utilizadas y el marco historiográfico donde se encuadra la tesis.

En el segundo capítulo, que versa sobre *La propaganda al servicio de la Guerra de la Independencia*, se ofrece un análisis de los instrumentos de captación que durante la guerra utilizaron los josefinos y los patriotas para legitimar o desprestigiar, según el caso, la imagen de José Bonaparte.

Los once capítulos siguientes constituyen el núcleo central de la tesis. En cada uno de ellos se examina una imagen específica de José, nacida del análisis de la propaganda política que bonapartistas y patriotas generaron en la época en torno a su figura. Por lo general, en cada capítulo se estudia una imagen y su contraria y se intenta dilucidar su posible relación con la realidad histórica, manteniendo, en la medida de lo posible, el orden cronológico en la que se originó. Solo así se podrá atender el diálogo que en materia de propaganda hubo entre patriotas y josefinos.

A partir de la propaganda política se estudiarán las imágenes antagónicas que los españoles atribuyeron al monarca. Por eso, a la imagen de “rey legítimo” que construye la propaganda bonapartista en el tercer capítulo (*Rey ilegítimo y, por tanto, intruso*), le sucede la interpretación patriótica, que defiende la ilegitimidad de la nue-

va dinastía. En el capítulo cuarto, titulado *Rey imprescindible versus rey prescindible*, se examina la entronización ineludible de José y el desprestigio de la dinastía Borbón y, frente a esta lectura, se descubre la versión fernandina, que denigra la imagen de los Bonaparte al tiempo que encumbra la figura de Fernando VII. Las imágenes de “Rey constitucional”, “Rey deseado...” en Nápoles, y “Rey embustero” examinadas en los capítulos quinto, sexto y séptimo, confirman la dualidad de imágenes que surgieron en la época sobre José Bonaparte. Por eso, la Constitución de Bayona fue menospreciada como fuente de prosperidad y se vició la lectura entusiasta que ofrecieron los agentes bonapartistas del reinado napolitano y de los recibimientos de José en España. En el resto de los capítulos se mantiene esta metodología de trabajo, porque la propaganda política atribuyó a José el bien y el mal indistintamente. En los capítulos octavo y noveno, titulados *Rey español* y *Rey católico*, el monarca defiende su españolidad y su ferviente catolicismo, pero la propaganda patriótica explota las imágenes de rey extranjero y ateo. Y lo mismo ocurre con otras muchas imágenes nacidas de la propaganda política en la época: *Rey de la integridad territorial de España - rey disgregador*; *Rey maléfico - rey bienhechor*, *Rey sometido - rey independiente*, etc.

El capítulo decimocuarto, titulado *Los siete “pecados capitales”* del rey

José, presenta una estructura parcialmente distinta. Lo forman siete epígrafes que tratan imágenes peyorativas de José: “Rey borracho y glotón”; “Los defectos corporales de un Adonis”; “Rey corto de entendederas”; “¿Rey mujeriego o maniaco sexual?”; “El rey baraja”, “Rey huidizo” y “Rey ladrón”. Como en capítulos anteriores, se estudian estos estigmas a partir de la propaganda (en este caso, patriótica) y, por supuesto, no se olvida contrastarla con la realidad histórica. Lo novedoso, sin embargo, radica en que todas estas imágenes adolecen de “contraimágenes” encomiásticas, porque la propaganda bonapartista generalmente guardó silencio, pese a la falsedad de todos estos defectos.

Por último, citaremos aquí algunas de las conclusiones más sobresalientes. Napoleón construyó las primeras imágenes encomiásticas que circularon de su dinastía y, en concreto, la de José. Pero fueron los bonapartistas, y José a la cabeza, quienes recurrieron después a la propaganda política para consolidarlas. Por todo ello, José no debe ser considerado un agente pasivo y carente de iniciativa en el proceso de fabricación de su imagen pública, sino más bien protagonista.

Las particularidades que rodearon la llegada de José al trono, las señas de identidad del pueblo español y el recuerdo de Fernando VII condicionaron el discurso y las imágenes asociadas a la nueva dinastía, imágenes que se adecuaron a la idiosincrasia de

la España de principios del siglo XIX. José no dudó en acomodar sus gustos particulares a los generales si ello podía facilitar su integración en una España eminentemente fernandina o cuanto menos hostil a la presencia bonapartista en la Península. Pero esta política de acercamiento a los españoles no fue resultado del carácter camaleónico y artificioso de un monarca calculador y maquiavélico; en realidad, obedecía a la reacción desesperada de un rey despreciado por la mayoría de quienes debían ser sus súbditos.

En ocasiones, el monarca interpreta un determinado papel, pero esto no invalida, al menos en su totalidad, la sinceridad de sus discursos o acciones. Es preciso, pues, establecer una distinción entre aquellos episodios que respondieron a cuestiones de imagen y aquellos otros que fueron efecto de su personalidad, por más que luego fueran utilizados en clave propagandística. Obviar la implicación estratégica y el carácter interesado de algunos sucesos daría lugar a una lectura inexacta de muchas de las imágenes que circularon de José, pero interés político-publicitario y realidad-sinceridad son conceptos que no siempre estuvieron reñidos, ni en el bando josefino, ni tampoco en el patriótico.

El régimen bonapartista presentó unos retratos idílicos de Napoleón y de José I. Pero la mitificación de ambos estuvo cargada de dificultades. La primera, y más importante, nacida de

la guerra de propaganda que enfrentó al invasor francés con los españoles. En este contexto, el discurso encomiástico de los Bonaparte tuvo un recorrido limitado, a diferencia de lo que ocurrió con el mito de Fernando VII, cuya consolidación aceleró el deterioro de la imagen de José.

Las críticas contra Napoleón tuvieron un efecto similar sobre la imagen de nuestro protagonista. José fue atacado, pero fue sobre todo Napoleón el blanco del odio popular. Hay una gradación que se corresponde con la realidad histórica y que delata el alto grado de politización del debate. El rey José ocupa una posición secundaria, en sintonía con la responsabilidad que asumió en España como delegado de su hermano. En cambio, Napoleón monopoliza las críticas y la animadversión de los españoles. Ahora bien, la imagen de José fue pareja a la del emperador, pues a efectos prácticos (o propagandísticos) los Bonaparte personificaban un proyecto común en España.

Por todo ello, el estudio de la imagen de José no puede llevarse a cabo con independencia de las imágenes que los españoles se formaron de Fernando VII y, muy especialmente, de Napoleón. En términos propagandísticos, José, mejor dicho, “el intruso”, fue una víctima de “el deseado” y de “el emperador”; víctima en definitiva de dos imágenes antagónicas, que tenían, sin embargo, puntos de convergencia, no solo en lo concerniente

a su autoría, sino también en sus propósitos. El objetivo no era otro que la defenestración de José, ya fuese equiparándolo con su perverso hermano, ya elogiando al joven Fernando.

La construcción de las imágenes peyorativas de José revela una convivencia en materia de propaganda entre patriotas y josefinos. Dicho de otra forma, la propaganda política ilustra cómo los defensores de Fernando hicieron uso de las imágenes encomiásticas que circularon de la dinastía Napoleón para divulgar la imagen contraria, que a veces resultó ser la opción con mayores trazos de autenticidad. La réplica patriótica, además, fue proporcional al poder de las imágenes explotadas por la dinastía Napoleón. Cuando la imagen apenas es rentabilizada como título de gloria por el aparato oficial que la ha creado, la respuesta patriótica es limitada porque no detecta peligro. En cambio, embiste con fuerza cuando descubre una imagen con potencial proyección que puede alterar su estrategia de desprestigio.

Pero la imagen del rey no se vio afectada únicamente por la determinación erosiva de las plumas patrióticas. La falta de una política de rectificación capaz de desmentir las imágenes peyorativas sentenció su reinado. La mayoría de las imágenes creadas por los bonapartistas surgieron para acercar a José a la sociedad española, pero raramente lo hicieron para combatir las críticas recibidas, ni si-

quiera cuando los pretendidos defectos de José ofrecían contradicciones o resultaban inverosímiles.

En lo relativo a la propaganda, el ataque desde las filas bonapartistas a los defensores de Fernando VII se redujo a la mínima expresión. Los órganos de propaganda bonapartistas primero tuvieron que justificar la presencia de José en el trono del “deseado” y, solo después, ensalzar su imagen pública. Centrados en tamaño empresa, la propaganda estaba imposibilitada para ser el azote del bando patriota. Suficiente tarea tenía encomendada como para ampliar su campo de actuación. Además, el patriotismo de la población desaconsejaba una campaña de desgaste dirigida específicamente contra Fernando VII que, pese a todo, seguía simbolizando a la nación.

José I fue fundamentalmente una víctima de la propaganda patriótica, pero la responsabilidad de Napoleón no fue escasa, pues aunque sentó las bases de las imágenes encomiásticas más potentes, él mismo acabó convirtiéndose en una losa muy pesada para el rey. Las circunstancias históricas en las que se produjo la llegada de José al trono tampoco facilitaron las cosas. Muchas imágenes peyorativas que circularon en contra de José se fundamentaron en los sucesos de la guerra, por más que estos hechos fueran manipulados y utilizados en términos políticos. La realidad se convirtió a menudo en la peor arma de propa-

ganda a la que tuvo que enfrentarse el monarca. Sin embargo, la propaganda patriótica garantizó el afianzamiento de otras imágenes peyorativas que no tuvieron viso alguno de autenticidad.

Como se puede suponer, estos y otros muchos condicionantes, no fueron los más idóneos para crear el mito de José I. El fracaso de la propaganda bonapartista obedeció, fundamentalmente, a que la mayoría de los españoles seguía la pauta tradicional de asumir al rey existente y este era Fernando VII, como hijo de Carlos IV. En estas circunstancias, la propaganda patriótica resultó ser el menor de los problemas de la dinastía Napoleón. El principal obstáculo lo constituyó la defensa generalizada de Fernando que realizaron los españoles. La propaganda bonapartista intentó derribar esta muralla, pero la solidez

de sus cimientos impidió cualquier tipo de acercamiento significativo. La entronización de José y la campaña de propaganda que le siguió solo sirvieron para fortalecer el carácter fernandino de los españoles, cuya idiosincrasia veían cada vez más amenazada. En este contexto, la propaganda bonapartista consiguió mantener y avivar las emociones y los afectos de los pocos miles de españoles que defendieron el reinado de José por convicción, pero esa propaganda no fue una razón determinante en la conversión, generalmente fingida e interesada, de quienes juraron obediencia a la nueva dinastía. La sociedad española no dejó de ser fernandina por influencia de las plumas bonapartistas, pero los josefinos convencidos tampoco mudaron de ideología afectados por la imagen peyorativa que ofrecieron los patriotas de José.